

raba mirando desde la ventana para saludarle amistosamente al pasar por la calle.

Acababan de traducir un día la frase atribuida á Alejandro: «Existen muchos mundos, y yo ¡desgraciado! no he conquistado todavía uno,» y se disponían á conversar sobre sus expediciones, cuando entró en la habitación un hombre de alta talla y bello aspecto, y tomó con excesiva confianza la mano de Olimpia, llevándola á sus labios y diciendo:

—Me felicito de besar una mano que maneja con igual maestría el plectro y el buril de la historia y que ha guiado tantos talentos á los campos divinos del Atica y del Latium.

—Hubiera sido una lástima que no hubierais ingresado en la carrera diplomática,—replicó Olimpia.

Hablaron de asuntos generales y aún de los judíos. Varias veces se había propuesto Baruch despedirse de Olimpia, pero no había encontrado ocasión. Iba ya á despedirse, cuando Olimpia le dijo:

—No puede usted marcharse aún, señor Espinosa; tenemos que hablar de la leyenda de Alejandro Magno.

—Prefiero marcharme,—dijo Baruch.

Y miró de reojo al extranjero.

—¡Ah!—dijo éste levantándose;—mi amigo Gaspar Barloëus tenía razón; había tratado mucho á los judíos, y aunque les concedía talento, les imputaba una falta muy general á todos: la susceptibilidad. Puedo aseguraros que no he abrigado la menor intención de ofenderos; si no os basta mi palabra, la señorita Olimpia os dirá cuáles son mis tendencias anti-cristianas en lo que se refiere á los judíos.

—Ciertamente,—replicó Olimpia,—es mía la